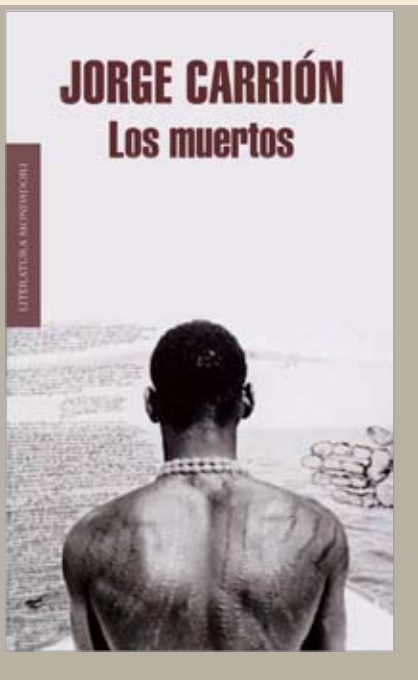


## Los muertos

Jorge Carrión



Extracto del capítulo I

*Nueva York, 2015. Manhattan. El callejón.*

El Nuevo abre los ojos y siente el agua. En posición fetal, el perfil de su cuerpo de piel negra incrustado en el charco del callejón. Desnudo. Por la bocacalle pasa gente. Está solo, tiritando. Las retinas vibran, como si estuvieran en fase REM todavía. Tres figuras se detienen, al fondo. Una lo señala. El Nuevo no se da cuenta. Las tres figuras se convierten en sendos jóvenes, la cabeza rapada, cazadoras color caqui de cremalleras abiertas, botas negras. Uno sonríe. Otro aprieta un puño americano. El tercero conecta la videocámara. La patada inicial le arranca al Nuevo un diente y detiene el parpadeo veloz de sus retinas. Llueven golpes. “Bienvenido”, le dicen; “bienvenido”, repiten al ritmo de los puñetazos, de los puntapiés, de los pisotones. “Bienvenido”, y hacen ademán de irse, riendo, distraídos. Entonces, inesperada y trabajosamente, el Nuevo se levanta. Se mira las manos, por donde resbala el agua; se mira la piel negra de los brazos; se contempla desnudo: músculos y nervios palpitantes. Después se abalanza sobre los tres cabezas rapadas. Les devuelve los golpes uno por uno; una por una, las patadas. Sus pies descalzos y sus puños desnudos, en el frenesí, parecen blindados. Encaja solamente un puñetazo. Una rodilla en una boca: un crujido. Un pisotón: la cabeza contra el asfalto mojado. Solo el tercero consigue escapar; pero la videocámara queda atrás, rota, en el suelo.

«Buenos días, Nueva York, les habla el reportero aéreo.» La ciudad es una maqueta tridimensional, una imagen satelital, un videojuego urbano. «Esta mañana el tráfico está tranquilo, las principales vías de acceso a la metrópolis están despejadas, solo

en Manhattan, como es habitual, se observan síntomas de congestión.» La isla parece una ameba en formol azul o un feto en líquido amniótico; milimétricamente cuadrículada.

Roy ha visto la escena desde una abertura en la cortina de la ventana. Su mirada transparente sorpresa. Su mujer se está duchando; Roy la mira y sonríe; pero quien sale del cuarto de baño es la otra mujer. «Lágrimas en la lluvia», escucha Roy en su fuero interno, «lágrimas en la lluvia, lágrimas en la...» «¿Cerraste el grifo de la ducha?», le pregunta Roy a Selena o a la otra mujer, no sabe, nervioso, urgente, violento. «Sí, ¿qué te pasa?». Lo abraza; se abrazan; sólo el abrazo es capaz de remplazar a la otra mujer por Selena, de poner la realidad en orden. «Las malditas interferencias, me están volviendo loco», tengo que ir a ver a Samantha. «¿No sería mejor un médico?». «Cariño, me acerco a los ochenta, ya no hay tratamiento que me ponga remedio». Sale del lavabo, cojeando.

«He encontrado una página muy buena», le dice a Jessica –inmediatamente después de darle una calada a un porro– un joven espigado que acaricia el encaje del sujetador de ella. «Sí, ¿cuál?». Están tumbados en el sofá, rodeados de libros y de velas encendidas. Él lleva la camisa desabrochada; ella le acaricia el sexo, traviesa, por encima del pantalón: sus dedos índice y anular son dos piernas que caminan por la curva erecta. Se van pasando el porro. Él le pellizca la antena de un caracol bajo la ropa interior. «Es un nuevo buscador de comunidades, que admite cientos de palabras clave... Hasta ahora sólo se podía buscar en cuatro o cinco campos, en esta página

con la más mínima pista te puedes poner en el camino correcto...». Las dos manos se han colado por debajo de la tela; dejan el porro en el cenicero. Empiezan a gemir.

El Topo (barba mínima, ojeras, traje y corbata) observa en el hemisferio que forman diez pantallas. Planos fijos de cámaras ocultas en ocho ciudades de todo el mundo, mapas, imágenes de satélite, radares, retratos robots, datos en columna. Observa: esa parece ser su única tarea. Observar. En las diez pantallas. Leer. Es un lector. Un analista. En diez pantallas simultáneas. Un descifrador de imágenes y de datos. La información circula ante sus pupilas y él la sigue, la persigue, la examina, en diez pantallas simultáneas. La disecciona. Teclea, de vez en cuando. Recibe una llamada. «Afirmativo», responde a través del micrófono: «Afirmativo».

La luz del amanecer le da al Despacho Oval un acento crepuscular. Como si cada día fuera el último en ese espacio, público y privado a un mismo tiempo. La Presidenta lee un informe con suma atención; de vez en cuando, frunce el ceño y contrae la mandíbula. Cuando acaba de leer, cierra la carpeta; en letras rojas: «Pandemia». Durante unos segundos, mira hacia la ventana y, con la barbilla reposando en las manos entrecruzadas, deja que su propio rostro se tiña de crepúsculo. Al cabo, descuelga el teléfono y dice: «Dígale a Sam que pase». En pocos segundos, un caballero de pajarita violeta y lentes sin montura entra en el despacho. «Buenos días, Sam, quiero que vea esto conmigo.» La Presidenta mueve el mouse hasta que se activa un vídeo. En él se muestra la grabación de una cámara de seguridad: un supermercado lleno de gente, entre la que destaca una familia compuesta por una pareja, tres criaturas y una anciana reunidos alrededor del carro lleno de compras. De pronto, desaparecen. Es decir, el carro se queda solo, impulsado aún durante tres segundos por la inercia, pero las seis personas han desaparecido. «Eran los Calvin, no pertenecían a ninguna

comunidad, al parecer el matrimonio se había reencontrado después de una tormentosa relación en el más allá, la abuela y los niños eran adoptados... Tú lo has visto, han desaparecido». «Sí, señora, se han esfumado, en una especie de movimiento inverso al de la materialización... El primer caso de muerte no natural que veo en mi dilatada carrera como consejero de estado», duda, «...en el caso de que hayan muerto». «Léete esto», le pasa la carpeta, «los tiempos han cambiado, Sam, drásticamente, y tenemos que prepararnos para ellos, drásticamente también».

El Nuevo viste una cazadora caqui, pantalones tejanos, botas militares. Aunque la avenida esté saturada de miradas inquisidoras, cuando no violentas, hay seguridad y determinación en la tensa mandíbula del Nuevo, quieta y tensa, congelada en un único instante del masticar. Rebusca en los bolsillos de la ropa hasta encontrar un billete de cinco dólares. Entra en un bar y pide una hamburguesa y una cerveza. En el televisor la presentadora de un noticiero, mientras a sus espaldas se proyectan imágenes de miles de personas vestidas de blanco confinadas en barracones, dice: «La concentración de nuevos en zonas de acogida no ha solucionado el problema de...». Mientras engulle ruidosamente, como si acumulara hambre de meses, el Nuevo le dice al barman: «Oye, soy nuevo, dime qué tengo que saber para no acabar ahí». «Nadie me había preguntado nunca nada así», responde el obeso camarero, al tiempo que pasa sin énfasis el trapo por la barra, «supongo que lo que todos intentamos hacer cuando llegamos: conseguir... ¿Cuánto es ahora? Si en el 93 eran unos doscientos dólares ahora al menos deben de ser mil, para ir a un adivino y que te diga quién eres», levanta el plato y la botella del Nuevo para limpiar los redondeles que han dejado sobre la barra, «claro que también está la opción del centro de integración». El Nuevo le agarra la muñeca que sostiene el trapo: «¿Qué es eso?». «Un lugar donde te lavan, te dan de comer y una cama

durante algunas semanas, te regalan un número de identificación y te enseñan las cuatro reglas básicas sobre cómo vivir aquí». El Nuevo echa una ojeada al bar. Está vacío. El barman, incómodo, trata de deshacerse de la garra: no lo consigue. Con la otra mano, el Nuevo rompe la botella de cerveza (espuma y líquido, mezclados, a borbotones) y, con un gesto decidido, sitúa la mitad astillada en el cuello del barman: «Dame todo el dinero de la caja». ■